



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## UN COMUNICADOR EN VERSO Y PROSA

por Luis Blanco Vila



Si digo que Fray Luis de León fue, es, un poeta moderno, habré dicho una verdad que hay que demostrar o una solemne tontería que no necesita demostración alguna. Tendré, pues, que argumentar en favor de la modernidad del agustino de Belmonte. Dejando claro, de entrada, eso sí, que no se trata de un prurito sino de un hecho tan cierto y tan perdurable que de él nace, precisamente, la perennidad de su obra. Por encima de los grandes poetas y escritores de su tiempo; del brazo, si se prefiere, de quienes, a su estela, coronaron el renacimiento literario español y bordaron el barroco, nombres de la prestancia de Cervantes, Lope, Góngora o Quevedo, pero más todavía, con una personalidad y un lenguaje que lo convierten, en cierto modo, en maestro de todos ellos.

El secreto está en la inteligencia de Fray Luis Ponce de León y Valera, en religión sólo Fray Luis de León, y en las emanaciones comunicativas de esa inteligencia, plasmadas en un lenguaje que conecta a la perfección con la sensibilidad del lector de cualquier tiempo. No sólo por lo que dice, pues, sino, también y sobre todo, por cómo lo dice, Fray Luis es un poeta, un escritor moderno, cuatro siglos después de su muerte.

Sus muchos estudios hasta alcanzar la cátedra de Salamanca y su lustro en la cárcel inquisitorial de Valladolid fueron almáciga y cedazo, respectivamente, donde se siembra y se criba hasta convertir la semilla en bodegón de fruto.

Decir que Fray Luis, Fray Juan de la Cruz y Garcilaso son las cotas líricas de la poesía renacentista española, no resulta comprometido. Destacar a Fray Luis como la cota más elevada compromete y mucho. Lo que San Juan, el carmelita, destila desde los deliquios místicos, cerran-

do al tiempo la comprensión al lector lego en semejantes oscuridades del espíritu, y lo que el caballero Garcilaso —muerto cuando Fray Luis tenía ocho o nueve años— traduce en verso cortesano y amoroso, lo expone el agustino con tal destreza comunicadora que por fuerza tenía que llegar, entre la lección ética y el mensaje religioso, a cualquier espíritu abierto a la comunicación.

Para mí, ese don de la comunicación es la clave de la pervivencia de la poesía —y de la prosa— de Fray Luis de León. No sólo para mí, por supuesto. El buen poeta y mejor investigador de la poesía española que fue Bartolomé Mostaza, muerto va para diez años, dejó en su monumental obra *Panorama de la poesía española en castellano*, póstuma en sus últimos volúmenes, esta afirmación que viene como anillo al dedo: “Comparado Fray Luis con los más egregios líricos de la Europa de su siglo —un Ronsard, un Tasso—, se singulariza por su entrañable capacidad de comunicación. Fray Luis es distinto de los otros poetas renacentistas”. Esa distinción nace, precisamente, de su capacidad de comunicación, servida por un lenguaje exquisitamente ajustado a la necesidad poética de su expresión. Su *Vida retirada* comunica con “un no rompido sueño, un día

*No cura si la fama*

*canta con voz su nombre pregonera;*

*ni cura si encarama*

*la lengua lisonjera*

*lo que condena la verdad sincera.*

*¿Qué presta a mi contento*

*si soy del vano dedo señalado?*

*si en busca de este viento*

*ando desalentado*

*con ansias vivas y mortal cuidado?*

*puro, alegre, libre quiero*”, con el *“vivir quiero conmigo... a solas, sin testigo... del huerto en la ladera...”*. Sintoniza, en suma, con esa íntima necesidad de no dejarse arrebatar por lo accesorio. Sus *“temas”*; además, son de una extremada selección estética, se anticipan, en el tiempo, a las necesidades del espíritu de su época. *“El aire se serena y viste de hermosura y luz no usada* (atención a esta última metáfora, tan de vanguardia), *Salinas, cuando suena la música extremada por vuestra sabia mano gobernada”*. A Elisa, *“una señora pasada la mocedad”*; pregunta Fray Luis: *“¿Qué tienes del pasado tiempo sino dolor?”*. Una forma, como se ve, entre la más señera ascética y el trato directo y amical de una mujer, Elisa, a la que, *“ya el preciado caballo, que del oro escarnio hacía, la nieve ha demudado”*.

En la *Profecía del Tajo* —“no perdones la espuela”—, en la *Noche serena*, en los muchos versos a Felipe Ruiz, al licenciado Juan de Grial o a su gran amigo don Pedro de Portocarrero, Fray Luis se expresa en un lenguaje bellísimo pero ceñido al objetivo de su intento, logrado, de comunicación. Ni el laconismo un tanto arcaico de Juan de la Cruz, ni, mucho menos, los enredos de Luis de Góngora; sus modos de expresión se cimbrean entre la metáfora de altura y la absoluta comprensión de la misma, con lo que demuestra que lo creativo y lo bello nada tiene que ver con lo difícil y oscuro. Cuando sale de la cárcel, donde, por cierto, ha compuesto bellísimas odas, escribe un décima famosísima para dar puntual y dolida noticia de su excarcelación. *“Aquí la envidia y mentira me tuvieron encerrado...”* ¿Qué mejor *lead* periodístico que estos dos octosílabos?

E incluso, ¿qué mejor titular para dar noticia de su libertad?

Alonso Zamora Vicente dice de él que *“consiguió decir el máximo de sugerencias... con el mínimo gasto de elementos materiales”*. Tal sucede en su poesía, nada copiosa, pero también en su prosa, con dos títulos de extraordinaria valía: *La perfecta casada*, colección de consejos que escribió para María Varela Osorio, epítome periodístico de enorme galanura, y *Los nombres de Cristo*, sin duda el libro más bello de Fray Luis y la prosa más lograda del renacimiento español. Cristo es, para Fray Luis, Príncipe de la Paz, Padre del siglo futuro, Pimpollo, Camino, Brazo de Dios... nombres, todos ellos, que el escritor razona y envuelve en sus motivos poéticos, los mismos, por supuesto, que encontramos en sus versos —la soledad del campo, la música del universo, etcétera— ámbitos en los que la figura y los nombres de Cristo adquieren toda su grandeza.

Si en tiempos de Fray Luis de León hubiera existido la prensa periódica, él hubiera sido, sin duda, un eximio periodista, siendo como es un eximio comunicador. Incluso su propia biografía está sembrada de peripecias que recuerdan una cierta bohemia a lo divino, desde sus muchos viajes y sus numerosos amigos hasta las mazmorras de Valladolid, que habitó por culpa de la *“envidia y la mentira”* ♦

*¡Ob campo, ob monte, ob río!*

*¡Ob secreto seguro deleitoso!*

*Roto casi el navío,*

*a vuestro almo reposo*

*buyo de aqueste mar tempestuoso.*

*Un no rompido sueño,*

*un día puro, alegre, libre quiero;*

*no quiero ver el ceño*

*vanamente severo*

*del que la sangre sube o el dinero.*

*Despiértenme las aves  
con su cantar süave no aprendido;  
no los cuidados graves  
de que es siempre seguido  
quien al ajeno arbitrio está atenido.*

*Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.*

*Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un buerto,  
que con la primavera  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*

*Y como codiciosa  
de ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar corriendo se apresura.*

*Y luego, sosegada,  
el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada  
de verdura vistiendo,  
y con diversas flores va esparciendo.*